



"Poesía chilena e hispanoamericana actual", por José Miguel Ibáñez

Desde el atalaya de sus columnas dominicales, Ignacio Valente ejerce una valiosa labor crítica que ejercita con rigor y con comprensión el análisis de nuestra literatura y, en general, de la habla hispanoamericana. Para el mismo creador por sensibilidad propia, capta en los valores literarios aquella chispa, indescriptible, ese "no se qué" en cuya secreta entraña se esconde la llama poética. Porque la poesía no es rapto ni inspiración arrebatada sino algo así como un poderoso desvelamiento en que el poeta se abre al mundo y el mundo vuelve a nacer, recordito fiesta y pudoroso, dentro de él.

En la obra editada no hace mucho por Nascimento "Poesía chilena e hispanoamericana actual", se contiene toda una estética del poema, cuyo valor se torna considerable, ya que implica la comprensión de la codina lírica y la valoración de los momentos fundacionales de una literatura oriunda de nuestros tiempos aburridos, en que la almoneda de la inspiración parece escondida bajo rindidos a los sus pensamientos, a menudo, violentamente contradictorios.

Dentro de esta galería, hoy dos puntos en los cuales resulta interesante detenerse, porque representan también dos momentos trascendentales de la poesía chilena. Uno es Vicente Huidobro; otro, Nicomedes Parra.

Vicente Huidobro es para Ignacio Valente, —o José Miguel Ibáñez, un poeta más celestial y pío, — que entristece, habla más prototípico que humano, Nicomedes Parra, es cumbre a través de su técnica y burlesca "antipoesía", encarna una visión mucho más radical y atrayente que la de nuestro gran "Crononista".

Entremos que tanto en una como en otra simpatía y diferencia la armonía está presente en un cierto ensayo del gran Alfonso Reyes, hay un fondo de prejuicio. Favorable a Parra en la mayoría de los casos, adverso a Huidobro en muchos otros, pero siempre entusiásticamente inclinado por las similitudes y los rechazos.

Para entender la poesía de Vicente Huidobro —a nuestro juicio, una de las más penetrantes y bellas de nuestra literatura— es preciso interiorizarse tanto en la aparente inconsecuencia de algunas de sus producciones (evalúenlos como en la buena imagen de sus últimos poemas). Es injusto considerarlo un simple juglar, un truhán y habil piruetero de la poesía, por cuyos versos creían emocionalmente grandes instantes y sólo por excepción se acusa lo que Valente llama "una modesta humanidad que exigimos a toda poesía para declararla grande y universal".

En su misma etapa reaccionaria y deplorablemente preocupada de "reconectar al mundo", bajo una angustia humana integradora. El mismo véase sobre la cuestión, el punto con que la expresión sentimental es retórica hasta colapsar en la creación poética, nace el vocablo técnico de la expresión para que disimule el estallido romántico y la distancia en una sonrisa, donde incluso el parentesco que aproxima a Huidobro a un poeta como Nicomedes Parra, antes que compararlo con Gabriela Mistral. Prado o terrado.

El sentimiento de la caída, del vertiginoso descenso del hombre en el infinito tan potente y aterrador en las acciones de guerras del mundo basta de "Alturas", confieren a esta poesía una proyección extraordinaria, única como en la lírica hispanoamericana de su tiempo. Se trata en su interior la angustia metafísica, la interrogación por el hombre y su destino, y surge en la palabra una identificación del poeta con el cosmos, con la naturaleza, que a veces escapa a la mirada distante porque va sujeta en sus vagos verbales, en exterioridades deslumbrantes que esconden su riqueza interior. Pero esta culpa es evidentemente notorio; no se diluye en reflexiones o equivalencias metafísicas.

En, sino que es una latencia directa, una experiencia bebiendo en el verso y a través del verso.

Pocas veces se habrá escrito en la lírica chilena un poema más bello y más rico en riqueza interior, en emoción y en plenitud de signo vital, que éste que no nos resaca a trastullar:

Quiero desahuciar y no morir,
Quiero no ser y perdurar
y saber que perdura,
Quiero a las puertas de la muerte
y me retiro,
Quiero a la vida y huyo avergonzado,
Quiero ser todo el alma y no lo puedo
Quiero todo el cuerpo y no lo logro.

Es verdad que los psicólogos no lo citan y que para inadvertido para muchos espíritus y no pocos odios para bastaría haber escrito ese poema para tener en cuenta a de las terribles más allá de la poesía castellana. Y el psicólogo sea hallazgo con ese admirable "Moliro", en que la intensidad de la muerte y de la vida, del transcurso del tiempo y de nuestra destrucción en los días y las horas, de los ciclos que recorren el existir humano, revela la hondura de la intuición de Huidobro y su riquísimo latente capricioso vital. Nada digamos de "Monumento al Mar" o de "Pasión, pasión y muerte", cuya cumbre nos lleva a una profundidad y a una sencillez que no tienen paralelo entre nosotros.

De manera opuesta, hay en la poesía de Nicomedes Parra una profunda belleza y una desconcertante paradoja, que hacen de su verso lo que otros ven hermoso llamado "poesía con antepasados". Parra es diferentemente prosaico, provocador, raramente vulgar, pero su saber específico radica en esta contrariedad, en su desafío constante de tambalearse en la prosa a fin de emerger a la superficie que los otros desbordan de sus perlas que rodaron en el momento de una idea que es el fruto de su visión de un mundo caótico, crepitante, en que el hombre se basta dentro para la negación que lo rodea por todas partes y a afirmación interior que se está latido dentro de él. No lo desahucio, y en esa contradicción viviente, en esa también paradójica actitud de trascender la angustia bajo el velo de una sonrisa, de hacer burla de uno mismo, hace el secreto de la poesía de Parra. La poesía que transforma la herida en cicatriz, que vuelve el llanto en risa, la prueba y la distancia de la inmensidad simultánea que aparece en toda su obra, la ayuda en uno de los lugares más altos de nuestra lírica de hoy y de siempre.

Al lado de esta virtud sería imposible no ver que hay también un riesgo relativo, que no siempre logra Parra evitar. Una vez varios de sus poemas se sienten aflorar la angustia de una "manera", el peligro de un rictus o de un gesto, del que no siempre logra escapar. Sus propias incursiones en la vulgaridad, esa especie de vuelta rasante que hace por los caminos de la codicia, de los poemas a veces demasiado "bello y bello" y hace que el esplendor del estético se desgaire a lo trivial y trivialmente cotidiano.

El libro de José Miguel Ibáñez está escrito con admirable lucidez, con una valoración muy aguda de los poemas analizados y constituye un referente indispensable para quien quiera conocer y quien recomendar a los poetas modernos que habitan en nuestra lírica. Si hemos señalado algunas inconveniencias es para señalar precisamente el valor de la obra y apuntar, ante todo, las limitaciones que en algunos momentos en ella se adivinan y que se explican por una "impulsividad" y "discreción" que antes señalábamos aduciendo por la ingenuidad herética del artículo periodístico, ya que en la forma actual es lo que se cristaliza en los poetas actuales de este siglo.

FERNANDO DURAN V.

El Mercurio, Anteproyecto, 18-VI-1946. p. 10. F.H. 445

"Poesía chilena e hispanoamericana actual" por José Miguel Ibáñez [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Poesía chilena e hispanoamericana actual" por José Miguel Ibáñez [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile